

PAIDÓS ESTADO Y SOCIEDAD

Colección dirigida por Carme Castells

Últimos títulos publicados:

- N. Chomsky y G. Acheur, *Estudios peligrosos. Oriente Medio y la política exterior estadounidense*
- A. Touraine, *El mundo de las mujeres*
- N. Klein, *La doctrina del shock*
- J. Attali, *Breve historia del futuro*
- A. Giddens, *Europa en la era global*
- R. Dworkin, *La democracia posible. Principios para un nuevo debate político*
- U. Beck, *La sociedad del riesgo mundial*
- A. Negri, *La fábrica de porcelana*
- M. Yunus, *Un mundo sin pobreza*
- L. Napoleoni, *Economía canalla*
- J. Gray, *Misa negra*
- Z. Brezinski, *Tres presidentes*
- A. Mattelart, *Un mundo vigilado*
- U. Beck, *El dios personal. La individualización de la religión y el «espíritu» del cosmopolitismo*
- M. C. Nussbaum, *India. Democracia y violencia religiosa*
- D. Innerarity, *El futuro y sus enemigos. Una defensa de la esperanza política*
- P. Singer y J. Mason, *Somos lo que comemos. La importancia de los alimentos que decidimos consumir*
- G. Vattimo, *Ecce conu. Cómo se llega a ser lo que se era*
- W. Kymlicka, *Los odiseos multiculturales. Las nuevas políticas internacionales de la diversidad*
- A. Touraine, *La mirada social. Un marco de pensamiento distinto para el siglo XXI*
- N. García Canclini, *La globalización imaginada (ed. española)*
- Z. Bauman, *Mundo consumo*
- H. Hecho, *Pensar institucionalmente*
- M. Walzer, *Pensar políticamente*
- J. Rifkin, *La civilización empática. La carrera hacia una conciencia global en un mundo en crisis*
- P. Rosanvallon, *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexibilidad y proximidad*
- L. Napoleoni, *La mordaza. Las verdaderas razones de la crisis mundial*
- A. Margalit, *La sociedad decente*
- E. M. Wood, *De ciudadanos a señores feudales*
- M. Yunus, *Las empresas sociales*
- L. Napoleoni, *Maonomics. La amarga medicina china contra los escándalos de nuestra economía*
- J. S. Nye Jr., *Las cualidades del líder*
- A. Montebourg, *¡Votad la desglobalización! Los ciudadanos somos más poderosos que la globalización*
- D. Innerarity, *La democracia del conocimiento. Por una sociedad inteligente*
- J. Rifkin, *La tercera Revolución Industrial. Cómo el poder lateral está transformando la energía, la economía y el mundo*
- D. Innerarity, *La democracia del conocimiento. Por una sociedad inteligente*
- J. Gray, *Autonomía de Gray. Textos esenciales*
- U. Beck, *Crónicas desde el mundo de la política interior global*
- C. Casarino y A. Negri, *Elogio de lo común. Conversaciones sobre filosofía y política*
- M. C. Nussbaum, *Crear capacidades. Propuesta para el desarrollo humano*

Martha C. Nussbaum

Crear capacidades

Propuesta para el desarrollo humano

S/1.30

1/4/14

Título original: *Creating Capabilities*, de Martha C. Nussbaum
Publicado en inglés por The Belknap Press of Harvard University Press

Traducción de Albino Santos Mosquera

Cubierta de Judit G. Barcina

1ª edición, marzo 2012

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2011 by Martha C. Nussbaum

All Rights Reserved

© 2012 de la traducción, Albino Santos Mosquera

© 2012 de todas las ediciones en castellano.

Espasa Libros, S. L. U.,

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

www.paidós.com

www.espacioculturalyacademico.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-0988-5

Depósito legal: M-2335-2012

Impreso en Artes Gráficas Huertas, S. A.
Camino viejo de Getafe, 60 – 28946 Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

*A todos los miembros de la Asociación
para la Capacidad y el Desarrollo Humanos*

Capítulo 1

UNA MUJER EN BUSCA DE JUSTICIA

Por todo el mundo hay personas que se esfuerzan en llevar unas vidas humanamente dignas. Los dirigentes de los países suelen centrarse exclusivamente en el crecimiento económico nacional, pero sus ciudadanos y sus ciudadanas se afanan, mientras tanto, por conseguir algo distinto: unas vidas significativas para sí mismos. El aumento del PIB no se ha traducido siempre en una mejora paralela de la calidad de la vida de las personas, y ningún informe sobre la prosperidad de conjunto de un país servirá probablemente de consuelo a aquellos y aquellas cuya existencia está señalada por la desigualdad y las privaciones. Estas personas necesitan enfoques teóricos que puedan ayudarles en sus esfuerzos o que, cuando menos, susciten un debate público llamando la atención sobre su situación; de lo que no tienen necesidad alguna es de enfoques que oculten esos afanes y sacrificios o que acallen la discusión y la crítica. Como el ya desaparecido Mahbub ul Haq, el economista paquistaní que inauguró los Informes sobre Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, escribiera en el primero de dichos informes en 1990, «[l]a verdadera riqueza de una nación está en su gente. El objetivo básico del desarrollo es crear un ambiente propicio para que los seres humanos disfruten de una vida prolongada, saludable y creativa. Esta puede parecer una verdad obvia, aunque con frecuencia se olvida debido a la preocupación inmediata de acumular bienes de consumo y riqueza financiera». * En opinión de Haq, la economía del desarrollo necesita un nuevo enfoque teórico si pretende responder a los problemas más urgentes de la gente.

* Cita en castellano tomada de PNUD, *Desarrollo humano: Informe 1990*, Bogotá (Colombia), Tercer Mundo, 1990, pág. 31. (N. del t.)

Consideremos el caso de Vasanti, una mujer menuda, de treinta y pocos años de edad, que vive en Ahmedabad, una gran ciudad del estado de Gujarat, en el noroeste de la India. El marido de Vasanti era un adicto al juego y al alcohol. Se emborrachaba con el dinero reservado para los gastos familiares y, cuando lo agotó, se hizo una vasectomía para aprovecharse del incentivo monetario que el gobierno gujaratí ofrecía para fomentar la esterilización. Así que Vasanti tampoco tenía hijas ni hijos que la ayudaran, lo que era un enorme inconveniente para ella, pues una mujer sin descendencia es más vulnerable a la violencia doméstica. Finalmente, y ante el aumento de los abusos recibidos por parte de su marido, ella optó por dejarlo y regresar con su propia familia.

Los padres pobres (o los hermanos, en el caso de que los padres hayan fallecido) suelen ser reacios a acoger de vuelta a un descendiente casado, sobre todo cuando se trata de una hija, ya que esta se lleva consigo en su momento una dote para poder contraer matrimonio. Readmitir a esa hija en el hogar paterno significa una boca más que alimentar y un nuevo cúmulo de preocupaciones. En el caso de Vasanti, además, el divorcio iba a ser costoso porque su marido no estaba dispuesto a concedérselo. Fue muy afortunada, pues, de que su familia sí quisiera ayudarla. Muchas mujeres en su situación acaban en la calle, sin otra alternativa que la del trabajo sexual. El padre de Vasanti, que se dedicaba a fabricar piezas para las máquinas de coser Singer, ya había muerto hacía algún tiempo, pero los hermanos regentaban un negocio de recambios de automóvil en lo que había sido el taller paterno. Usando una de las viejas máquinas del padre y alojándose en el mismo local, Vasanti empezó a obtener unos pequeños ingresos propios cosiendo ojales para abrochar la parte superior de los saris. Sus hermanos le hicieron un préstamo para que adquiriera otra máquina: una con la que coser los dobladillos de ese mismo tipo de prenda. Ella aceptó el dinero, pero no le gustaba depender de sus hermanos: eran hombres casados y con hijos, y su apoyo podía terminar en cualquier momento.

Vasanti descubrió entonces la existencia de la Organización de Mujeres Autoempleadas (SEWA, según sus siglas en inglés), una organización no gubernamental (ONG) pionera en Ahmedabad

que trabaja con mujeres pobres. Fundada por la internacionalmente aclamada activista Ela Bhatt, la SEWA había ayudado ya por entonces a más de 50.000 miembros gracias a programas en diversos ámbitos, como los microcréditos, la educación, la sanidad e, incluso, un sindicato. A diferencia de otros estados indios, Gujarat ha actuado conforme a un orden de prioridades enfocado especialmente hacia el crecimiento macroeconómico, sin dedicar muchos recursos a la atención de las necesidades de sus habitantes más pobres. Ninguna de las políticas gubernamentales que podrían haber ayudado a Vasanti (como programas de ayuda jurídica, sanitaria, crediticia o educativa, por ejemplo) estaban disponibles en aquel territorio. Fue toda una suerte para ella que una de las mejores ONG de la India estuviera radicada casualmente muy cerca de su casa.

Con la ayuda de la SEWA, Vasanti obtuvo un préstamo bancario por su cuenta y devolvió el dinero que debía a sus hermanos. (La SEWA, que inició su andadura siendo una humilde cooperativa de crédito, funciona actualmente como un banco alojado en un impresionante edificio de oficinas del centro de Ahmedabad. Todo el personal directivo y las empleadas del banco son mujeres, muchas de ellas antiguas beneficiarias de los programas de la SEWA.) Cuando yo la conocí, varios años más tarde, Vasanti había devuelto ya la totalidad del importe del préstamo que le había concedido aquella organización. Reunía ya, además, los requisitos necesarios para matricularse en los programas educativos de la SEWA y tenía previsto aprender a leer y a escribir para adquirir las habilidades necesarias que le permitieran dedicarse a la promoción tanto de la independencia social y económica como de una mayor participación social. Con la ayuda de su amiga Kokila, se implicó activamente en la lucha contra la violencia doméstica en su barrio. Aquella amistad habría sido muy improbable de no haber existido la SEWA: Vasanti, pese a su pobreza, pertenece a la casta brahmán, mientras que Kokila es de una de las castas inferiores. Pero, aunque resultan aún muy evidentes en la sociedad en general, las divisiones conforme a criterios de casta y religión son anatemata en el movimiento de mujeres indio.

¿Qué enfoque teórico podría dirigir la atención hacia los rasgos

más significativos de la situación de Vasanti, favorecer un análisis adecuado de esta y producir recomendaciones pertinentes para actuar en consecuencia? Supongamos por un momento que no estudiáramos interesados en la teoría política o en la económica, sino únicamente en las personas: ¿qué advertiríamos y qué consideraríamos destacable en la historia de Vasanti?

Para empezar, probablemente, nos llamaría la atención lo muda que es Vasanti e, inicialmente, podríamos ver en ello el indicio de una mala nutrición durante su infancia. Las familias pobres se ven obligadas con frecuencia a alimentar mal a sus hijos e hijas. Nosotros, sin embargo, querríamos ir más allá y preguntarnos en este caso qué tal les fue a sus hermanos. Y es que hay sobradas pruebas de que las niñas están peor alimentadas que los niños y que se las lleva menos a la consulta del pediatra cuando enferman. ¿Por qué? Porque las jóvenes tienen menos oportunidades de empleo que los jóvenes y, por lo tanto, parecen ser menos importantes para el bienestar de toda la familia. El trabajo que realizan en la casa no aporta dinero, por lo que es fácil minusvalorar su importancia económica. Además, en el norte y el oeste de la India, las chicas abandonan el hogar familiar cuando se casan y se llevan consigo una dote. Resultan, pues, más caras que los chicos, y los padres se precuntan muchas veces por qué han de malgastar recursos en unas hijas que no van a tener a su lado para ayudarlos cuando llegue la hora de la vejez. La mortalidad de las segundas hijas en la India septentrional y occidental es notoriamente elevada. Así que la deficiencia nutricional de Vasanti es producto no sólo de la pobreza, sino también de la discriminación por género.

La desigualdad en la legislación sobre propiedad y herencia contribuye también a los serios aprietos que padecen las hijas indias, y ninguna reflexión sobre la vida de Vasanti debería pasar por alto la incidencia que ese peculiar ordenamiento jurídico ha desempeñado en su situación. Los sistemas de derecho personal basados en principios religiosos que han imperado en la India desde la independencia del país regulan tanto la propiedad y la herencia como el derecho de familia. Todos los susodichos sistemas institucionales desiguales profundas en perjuicio de las mujeres. Hasta 1986, por ejemplo, las cristianas heredaban únicamente una cuarta

parte de lo que heredaban los hijos varones, una costumbre que contribuye seguramente a hacer que el valor de la vida de una hija sea menor que el de la de un hijo. Las mujeres hindúes también han sufrido desigualdades sancionadas por el código de la propiedad hindú; hasta 2005 no consiguieron el derecho a recibir partes iguales de los terrenos agrícolas, siete años después de que yo conociera a Vasanti. La suya no es una familia propietaria de tierras, pero cualquier análisis de los orígenes de su difícil situación nos conduciría naturalmente a reparar en un factor de desigualdad tan estrechamente relacionado como ese.

La reflexión en torno a todas esas cuestiones nos llevaría también a estudiar el impactante desequilibrio entre géneros que se observa en la población de la India. Los demógrafos estiman que, a igualdad de condiciones de nutrición y atención sanitaria similares para hombres y mujeres, las segundas viven de media un poco más que los primeros, lo que se traduce en una ratio esperada de unas 102 mujeres por cada 100 varones. Sin embargo, el censo indica más reciente evidencia que en el país hay 92 mujeres por cada 100 hombres. Y hablamos de promedios. En el sur, donde la proporción se transmite por línea materna y donde es el marido el que se muda al hogar de su esposa (en vez de llevarse a la mujer consigo), la esperanza de vida básica femenina se corresponde con la predicción de los demógrafos: el estado de Kerala, por ejemplo, arroja una ratio entre sexos de 102 mujeres por cada 100 hombres. En algunos estados septentrionales, sin embargo, esa proporción se encuentra alarmantemente alterada: según una encuesta realizada casa por casa en una zona rural de Bihar, en aquella área geográfica viven solamente 75 mujeres por cada 100 varones. De sobra sabido es, además, que estos desequilibrios aumentan cuando se dispone de información sobre el sexo del feto durante el embarazo y, de hecho, hay clínicas que practican la prueba de la amniocentesis por todo el país. Dado que los abortos selectivos son un problema muy extendido en la India, actualmente es ilegal informarse del sexo del feto con anterioridad al parto, pero esa es una legislación de muy difícil aplicación en la práctica.

Vasanti, pues, ha tenido cierta fortuna, como mínimo, por el hecho de estar viva. Sus padres no la alimentaron muy bien, pero lo

hicieron mejor que otras muchas familias pobres. Cuando la conocí, parecía gozar de una salud razonablemente buena. Tiene además la suerte de ser de constitución fuerte, ya que las personas pobres de Gujarat no tienen fácil acceso a la sanidad. El derecho constitucional indio atribuye a los estados (y no al gobierno federal) todas las competencias en materia sanitaria, lo que produce grandes variaciones de un estado a otro en cuanto a los recursos disponibles para la población pobre. Algunos estados indios —como, por ejemplo, Kerala— cuentan con sistemas sanitarios eficientes, pero la mayoría no.

Lo siguiente en lo que probablemente repararíamos al oír la historia de Vasanti es en el hecho de que una mujer tan inteligente y decidida como ella haya dispuesto de tan escasas opciones de empleo debido a que nunca aprendió a leer y a escribir. Esto es algo que podemos atribuir a un fallo del sistema educativo gujaratí, ya que la educación (como la sanidad) es competencia estatal y no federal, y los niveles de alfabetización varían considerablemente entre estados. En Kerala, el alfabetismo adolescente, tanto masculino como femenino, está en niveles próximos al cien por cien, mientras que, a nivel nacional, un 75,3 % de los hombres y (sólo) un 53,7 % de las mujeres saben leer y escribir. Los factores que generan esta discrepancia guardan relación con los que producen la diferencia entre sexos tanto en el terreno de la esperanza de vida básica como en el de la salud: existe la creencia generalizada de que las mujeres tienen menos oportunidades laborales y políticas, así que, desde la perspectiva de las familias, resulta más lógico asignar las tareas domésticas a las chicas y enviar a los chicos a la escuela. Se trata, pues, de una profecía que se cumple por sí misma, ya que el analfabetismo excluye a las mujeres de la mayoría de los posibles empleos y de muchas oportunidades políticas. Por otra parte, el hecho de que una joven tenga que abandonar pronto su familia de nacimiento para incorporarse a otra a través del matrimonio hace que sus padres se desinteresen por su futuro. Kerala ha abordado estos problemas mejor que Gujarat, aunque sus cifras de creación de oportunidades laborales para los graduados y las graduadas de su sistema educativo son bastante pobres.

Dada la importancia de la educación como vía crucial de acceso

a las oportunidades, en 2002 se introdujo una enmienda en la Constitución india que convertía tanto la enseñanza primaria como la secundaria en un derecho fundamental directamente vinculante para el sistema jurídico-legal del país. Consciente de que muchos padres y madres pobres no dejan que sus hijas e hijos vayan a la escuela porque necesitan del trabajo de estos para sobrevivir, el Tribunal Supremo de la India ha ordenado a todos los centros educativos que ofrezcan a sus alumnos y alumnas una comida nutritiva de mediodía que contenga un mínimo de 350 calorías y de 18 gramos de proteínas a fin de proporcionar a los progenitores pobres un incentivo económico que, en muchos casos, supera en valor los jornales perdidos por el trabajo que sus pequeñas y pequeños no desempeñan durante el horario escolar. Vasanti también se perdió ese cambio, que podría haber servido tanto para alfabetizarla como para aumentar su tamaño corporal.

A nivel nacional, mientras tanto, en 1992 se enmendó la Constitución para asignar a las mujeres un mínimo de un tercio de los miembros de los *panchayats* (o concejos) locales. Este sistema, al igual que la comida del mediodía, proporciona incentivos para que los padres eduquen tanto a sus hijas como a sus hijos, ya que algún día podrían acabar representando los intereses de la familia en el gobierno de la localidad. Este fue otro cambio que también llegó demasiado tarde para Vasanti, pues no pudo influir en su momento en las decisiones educativas que sus padres tomaron para los diversos miembros de la familia. En la actualidad, sin embargo, Vasanti puede aprovechar los programas educativos que ofrece la SEWA para potenciar su propia participación tanto en el mundo de la política como en el del empleo.

Al carecer de educación formal, Vasanti se ha visto privada de un conocimiento adecuado de la historia de su nación y de la estructura política y económica de esta. (Puede ver las noticias por televisión u oír las de boca de sus amigos y amigas, pero su capacidad para acceder a una explicación más integral de la situación o para hacer un seguimiento de las cuestiones que más puedan interesarle está aún seriamente limitada.) Tampoco puede disfrutar de la poesía, las novelas o las múltiples obras de creatividad literaria que enriquecerían su vida y la harían más divertida. De lo que no

está privada, sin embargo, es de la música y la danza, y, de hecho, la SEWA hace un valioso uso de estos medios en sus programas educativos para mujeres como Vasanti.

Una cuestión clave en la historia de Vasanti es la violencia doméstica. Su compleja historia se ha visto afectada, a su vez, por toda una serie de elecciones sociales y gubernamentales en numerosos ámbitos. Es evidente que la violencia de su marido estaba alimentada por el alcoholismo. Varios estados indios han adoptado «leyes secas» por ese mismo motivo, aunque estas no han resultado ser un remedio muy eficaz: de más ayuda habrían sido los programas educativos sobre el alcohol y las drogas, y los de tratamientos y terapias de calidad, pero el gobierno estatal no contemplaba ninguno de ellos para la población pobre de Gujarat. En el sentido contrario, sin embargo, no es la inacción, sino la acción directa del estado la que explica la vasectomía del marido de Vasanti: sobornar a varones pobres para que se practiquen la vasectomía no es un muy buen método de control demográfico, y no lo es por numerosos motivos, entre los que cabe destacar el hecho de que priva a las mujeres de su libertad de elección. En cuanto a la violencia propiamente dicha, Vasanti no recibió ayuda alguna de la policía, algo que respondería a una débil vigilancia del cumplimiento de la ley y a una mala formación policial. De ahí que su integridad física y su salud estuvieran constantemente en peligro, y que viese violada su dignidad.

Cuando pensamos en violencia doméstica tenemos que considerar las opciones de salida y el poder de negociación con los que cuentan los cónyuges en el matrimonio. Si una mujer puede irse, no tiene que soportar que la maltraten. Y cuando el marido sabe que ella puede irse porque dispone de oportunidades laborales o de control propio sobre la propiedad, se reduce (cuando no se elimina) la probabilidad de que la mujer sea objeto de malos tratos. Una importante investigación llevada a cabo por Bina Agarwal muestra que la propiedad de tierras es el factor más relevante a la hora de explicar por qué unas mujeres de una misma región padecen abusos domésticos y otras no. La mujer que es dueña de tierras es menos proclive a ser víctima de maltrato porque puede abandonar el matrimonio cuando quiera, a sabiendas de que, cuando lo deje, podrá llevarse consigo algo de gran valor. Otras fuentes de poder

negociador sobre un marido abusador son el empleo, la educación, la propiedad de bienes muebles y los ahorros. Una familia de origen que sea compasiva también brinda opciones de salida a la esposa. La de Vasanti tuvo un comportamiento fuera de lo común porque le dio la opción de dejar a su marido con dignidad e, incluso, de incorporarse a un empleo. Pese a todo, la dificultad de obtener su divorcio —el sistema judicial es lento y tiene fama de corrupto— le complicó bastante la posibilidad de valerse plenamente por sí misma.

El préstamo de la SEWA cambió ese panorama. La organización facilitó a Vasanti una fuente de sustento que la desligaba del estatus de persona dependiente que había tenido hasta entonces; el dinero era suyo y podía darle el uso que quisiera sin preocuparse por lo mucho o poco que eso pudiera disgustar a sus hermanos. Esa independencia potenció su autoestima y su capacidad de elegir.

El precio que la violencia doméstica se cobra en la salud física de quienes la padecen es enorme, y su efecto sobre la salud emocional no es menos devastador. Las mujeres que se encuentran en la situación de Vasanti suelen sufrir mucho por culpa del miedo y de la ira que tienen que reprimir. A menudo, no encuentran ningún placer real en la expresión amorosa y sexual. Las condiciones que hicieron posible que Vasanti dejara a su marido mejoraron a su vez su salud emocional, que también se vio muy favorecida por la buena relación con sus hermanos. El préstamo de la SEWA abrió aún más puertas a la felicidad: Vasanti disfruta a todas luces de su amistad con Kokila y de la experiencia de ser respetada y tratada como una igual dentro de un grupo de mujeres.

Durante su matrimonio, Vasanti se vio aislada de toda relación que no fuera la acusadamente desigual que mantenía con su marido abusador. No tenía amigas ni amigos, no podía trabajar, no participaba en política. Esa es la suerte reservada a muchas mujeres que sufren relaciones con abusos, pero es particularmente común entre aquellas cuyo estatus de casta hace que sea vergonzoso para ellas buscar empleo fuera del hogar. Las mujeres de castas privilegiadas como Vasanti suelen estar entonces en peor situación que otras de castas inferiores, pues estas, al menos, pueden circular libremente. A Vasanti se le impidió incluso tener hijos, algo que le

habría facilitado una fuente importante de amor y cariño. La SEWA ha posibilitado que se haga una persona activa en política y que forme un grupo de amigas que la respetan como a una igual. El hecho mismo de que se acercara hasta las oficinas de la SEWA para contar su historia a una perfecta extraña como yo fue todo un síntoma de su nueva actitud abierta y de su curiosidad por el mundo que la rodea. Parecía entusiasmada y orgullosa de hablar de su vida. Aun así, las opciones laborales disponibles para una mujer brahmán como ella continuaban estando muy circunscritas a unos ámbitos limitados y su participación en la vida política se encuentra aún bastante restringida por su analfabetismo.

Vasanti participa activamente en un ámbito concreto de acción política: tanto ella como Kokila trabajan para que disminuya la violencia doméstica. Aun así, cabe preguntarse si conoce bien sus derechos como ciudadana, si vota en las elecciones, si sabe algo acerca de cómo usar el sistema judicial. El sistema de *panchayats* ha contribuido significativamente a potenciar la implicación y los conocimientos políticos de las mujeres, y los niveles de participación electoral de las personas pobres de la India en general son muy elevados, por lo que es probable que ella tenga cierta idea de cómo funciona el sistema político. En cualquier caso, sin una alfabetización y una escolarización formal previas, la capacidad de Vasanti para informarse más a fondo sobre el tema es limitada. Los estudios realizados sobre los *panchayats* han mostrado que a las mujeres analfabetas les cuesta mucho participar en los asuntos de la vida pública y ganarse el respeto que merecen por ello.

La SEWA enfoca sus esfuerzos en un tema muy básico que es transversal a todas esas cuestiones: la capacidad de las mujeres para controlar y planificar sus propias vidas. Esta organización les enseña que no son pasivas, que no son meros objetos a merced de las órdenes de otras personas ni peones ni siervas de nadie: pueden elegir, pueden planificar su futuro. Esta es una idea nueva y emocionante para unas mujeres que han sido criadas para creerse dependientes y carentes de autonomía. En el caso de Vasanti, la posibilidad de elegir y la independencia fueron, en realidad, la principal diferencia entre el préstamo de la SEWA y el de sus hermanos. La satisfacción que le reportaba ese recién descubierto estatus de per-

sona que toma sus propias decisiones parecía impregnar tanto su relación con Kokila (una amiga elegida por ella: quizá, su primera amiga elegida de verdad) como su trato con el grupo de mujeres en general.

¿En qué más podríamos reparar fijándonos en Vasanti y en su historia? No sabemos gran cosa de cuántas horas trabaja al día ni de cómo estructura su jornada. ¿Le queda tiempo para el ocio? ¿Puede alguna vez sentarse (aunque sólo sea un momento) a pensar, o a disfrutar de algo hermoso, o a beber té con sus amigas? Al parecer, le gusta vestir bien. Su sari es de un precioso color azul vivo; Vasanti, como la mayoría de las mujeres pobres de la India, no deja que su pobreza limite su imaginación estética. Muy probablemente, tiene también la posibilidad de disfrutar, en cierta medida, de actividades de juego y ocio, no tanto porque su sociedad haya protegido ese tiempo de asueto para todos sus ciudadanos y ciudadanas, sino, más bien, porque ella no tiene hijos ni responsabilidades para con ninguna familia política. El lado bueno de su desgraciada historia es que, por lo menos, ella no está atrapada en la «doble jornada» que para millones de mujeres de todo el mundo supone, por un lado, el desempeño de un empleo agotador y, por el otro, la responsabilidad exclusiva sobre las tareas domésticas y el cuidado de niños y ancianos. En general, pues, el de la protección de un tiempo de ocio para los trabajadores y, en especial, para las trabajadoras es un aspecto muy importante a la hora de crear una sociedad digna.

Precisamente, pensando en el juego y la diversión, me pregunté si a Vasanti le interesaba conocer a hombres buenos para, tal vez, volver a casarse en cuanto su divorcio fuera ya definitivo. Uno de los aspectos más sorprendentes del movimiento de mujeres indio ha sido la ausencia, prácticamente total en él, de los conceptos románticos occidentales. Las mujeres que han tenido que soportar un matrimonio desdichado rara vez expresan interés alguno en buscar un nuevo esposo. Quieren ser capaces de vivir sin un hombre y les encanta que uno de los ideales centrales de la SEWA sea la noción gandhiana de autosuficiencia. Aplicada a la situación de estas personas, la lógica dicta que, del mismo modo que la India no podía conquistar su autocracia y su libertad sin alcanzar la autosuficien-

cia con respecto a su amo colonial, las mujeres tampoco pueden tener amor propio y libertad sin liberarse de la dependencia de sus amos coloniales particulares, en su caso, los hombres. Las mujeres ven en la capacidad de vivir sin un hombre una señal de autoestima. Pero de ese modo, ¿acaso no se ven esas mismas mujeres (que suelen ser homófobas y, por consiguiente, muy poco proclives a participar en relaciones lésbicas) privadas de uno de los grandes placeres de la vida?, podríamos preguntarnos. ¿Realmente eligen vivir en soltería o están demasiado traumatizadas desde el punto de vista emocional (o agotadas por la malnutrición) como para buscar un compañero? Lo cierto es que, con su manera de hablar de las nociones occidentales de romanticismo y de expresar su preferencia por la solidaridad con un grupo de mujeres, nos recuerdan que un modo de vida (en este caso, el de la vida en una relación romántica de pareja, ya sea del mismo o de distinto sexo) no tiene por qué ser necesariamente el óptimo para las mujeres de cualquier lugar del mundo.

Habría algunas y algunos de nosotros, como mínimo, que tal vez queramos preguntarnos por la relación de Vasanti con su entorno. ¿Está contaminado? ¿Es peligroso? ¿Tiene ella oportunidad alguna de reflexionar sobre temas medioambientales y de tomar decisiones por sí misma y por otras personas con respecto a ese ámbito? Hay muchos movimientos de mujeres de orientación ecológica; no es el caso de la SEWA. Tampoco el estado en el que reside Vasanti destaca por su dinamismo a la hora de abordar esa clase de cuestiones. Es muy posible, pues, que Vasanti carezca de oportunidades para implicarse productivamente en la reflexión medioambiental y que su salud esté actualmente en peligro por culpa de la degradación del entorno en el que vive (contaminación atmosférica, agua de mala calidad, etcétera). A menudo, las mujeres que llevan las vidas supuestamente más «naturales» son las que corren un mayor riesgo, pues los excrementos de vaca, utilizados como combustible en muchos países pobres, son uno de los contaminantes más dañinos para la salud de las vías respiratorias.

Estos son, como mínimo, algunos de los aspectos de la situación de Vasanti que un observador o un lector preocupado y conocedor de su contexto social tomaría en consideración. La relevan-

cia de la mayoría de estas cuestiones es bien sabida tanto por la SEWA como por las personas próximas a Vasanti. Muchos de esos puntos fueron importantes para ella desde un principio. Pero, a medida que conoce más cosas acerca de su situación y de los factores que la producen, otros elementos de los que tal vez no era consciente con anterioridad (por ejemplo, el papel del sistema de *panchayats* o la necesidad de un aporte adecuado de proteínas durante la infancia) también han adquirido importancia para ella.

Los diversos aspectos de la condición de Vasanti mantienen interacciones complejas entre sí, como ya hemos podido ver, pero cada uno de ellos es, al mismo tiempo, un factor diferenciado que debe ser abordado en sí mismo si queremos que Vasanti viva la vida que merece. Una política pública correcta puede influir positivamente en todas las facetas de su existencia. Es lógico, pues, que un enfoque que se dice «del desarrollo» —o, lo que es lo mismo, de cómo hacer mejor las cosas— se centre en cómo afectan las diversas políticas a las oportunidades y a las libertades de Vasanti.

Por desgracia, no puede decirse que los enfoques teóricos dominantes en la economía del desarrollo (enfoques utilizados en todo el mundo, por cierto) estén aliados con Vasanti en su lucha. No «leen» su situación como un activista local o un observador preocupado lo harían. De hecho, tampoco la interpretan de un modo que tenga sentido para la propia Vasanti o, ni siquiera, de un modo que la respete como un ser humano digno con los mismos derechos que las demás personas. Equiparan la buena marcha de la situación (de un Estado o de una nación) con el incremento del PIB per cápita, lo que, dicho de otro modo, significaría que Gujarat estaría aplicando las políticas correctas con tal de que el conjunto de su economía crezca, y que debería compararse con otros estados indios solamente en función de su PIB per cápita.

Pero ¿qué significa esa cifra, por maravillosa que sea, para alguien como Vasanti? Lo cierto es que ni ese número tiene una incidencia apreciable en su vida ni —menos aún— soluciona sus problemas. En algún lugar de Gujarat hay un crecimiento de la riqueza derivado de la inversión exterior, pero ella no ve ni un céntimo de todo eso. Que a Vasanti le digan que el PIB per cápita se ha incrementado de forma considerable es como si le dijeran que en algún

rincón de Gujarrat hay una pintura espléndida, pero que a ella le está vedado mirarla, o que hay una mesa puesta con toda clase de deliciosos manjares, pero que ella no va a poder catar ninguno. El aumento de riqueza es un fenómeno positivo porque podría hacer posible que el gobierno adoptase políticas con efectos provechosos en la vida de Vasanti. Pero nada de esto último ha sucedido y tampoco deberíamos sorprendernos de ello. En general, los beneficios de los aumentos de riqueza resultantes de la inversión exterior van a parar, en primera instancia, a las élites. No se trata únicamente de que las cifras del PIB sean un promedio que ignora la distribución real de la renta: como bien ha mostrado el Informe de la Comisión Sarkozy, las ganancias que se obtienen a partir de la inversión exterior no llegan siquiera a incrementar la renta familiar media en muchos y frecuentes casos. Los beneficios de ese incremento económico no se hacen extensivos a la población pobre salvo en aquellas ocasiones en las que esas élites locales sí se muestran comprometidas con políticas de redistribución de la riqueza. Y, en particular, no llegan a las mujeres pobres, cuyas oportunidades laborales son mucho peores que las de los hombres. Según las investigaciones realizadas al respecto, el crecimiento económico tampoco sirve por sí solo para propiciar mejoras en salud y educación si no media una acción estatal directa. Así pues, los factores que de verdad importan para Vasanti no figuran en el enfoque convencional, centrado en un único aspecto que no introduce diferencia alguna en la vida de una mujer como ella.

Así pues, el enfoque convencional no dirige nuestra atención hacia las razones que hacen que Vasanti sea incapaz de participar del disfrute de la prosperidad general de su región. En realidad, contribuye más bien a desviar hacia otro lugar cualquier atención que pudiéramos prestar a los problemas de Vasanti, ya que sugiere que la manera correcta de mejorar la calidad de vida en Gujarrat es aspirando al crecimiento económico y nada más que al crecimiento económico.

En *Tiempos difíciles*, Charles Dickens describe un aula donde a los pequeños y a las pequeñas se les enseña el mencionado enfoque convencional. A Sissy Jupe, una niña del circo que acaba de incorporarse a esa clase, le piden que imagine que los alumnos de esa

aula son una nación que cuenta con una riqueza de «cincuenta millones». «Niña número veinte —le pregunta el maestro (pues, en consonancia con ese énfasis en la agregación, cada estudiante tiene un número en vez de un nombre)—, ¿no es esta una nación próspera y no debe usted alegrarse por ello?» Sissy rompe a llorar y sale corriendo de la clase. Luego le cuenta a su amiga Louisa que no podía responder a semejante pregunta «antes de saber si existía dinero o si me correspondía a mí alguno. Pero esto no se relacionaba con el asunto, no figuraba en las cifras».*

Lo que necesitamos, al parecer, es un enfoque que se haga la misma pregunta que Sissy Jupe, que defina el rendimiento y el éxito en función de las oportunidades que se abren a cada persona. Un enfoque así debe partir de un nivel muy próximo a la base social, tomando como referencia los relatos de las vidas de personas reales y el significado humano que para estas tienen los cambios de política. Desarrollar políticas que sean de verdad pertinentes para un amplio abanico de situaciones humanas supone atender a diversos factores que afectan a la calidad de vida de una persona: significa preguntarse, en cada ámbito, «¿qué son las personas en general (y cada una de ellas en particular) realmente capaces de hacer y de ser?». Evidentemente, toda aproximación al desarrollo debe manejar mecanismos de agregación, pero para que las cifras agregadas nos faciliten información relevante, antes debemos empezar por estudiar detenidamente qué capítulos o factores deben destacarse en especial.

Los elementos de la historia de Vasanti guardan una relación muy estrecha con la lista de «capacidades centrales» que presentaremos en breve, por lo que podría parecer, en principio, que mi manera de explicar el relato de la vida de Vasanti es circular y que destaco unos determinados aspectos en concreto simplemente porque ya sé qué componentes figuran en el mencionado listado. Lo cierto, sin embargo, es que no podemos observar una vida ni escuchar una historia sin ir equipados de antemano con ciertas intuiciones preliminares acerca de lo que es significativo y lo que no. Esa es

* Cita en castellano tomada de Charles Dickens, *Tiempos difíciles*, ed. de M^a Juana Ribas, Barcelona, Bruguera, 1967, pag. 86. (N. del t.)

la paradoja de la indagación que se menciona en el *Menón* de Platón: si no contamos con idea alguna de qué andamos buscando, jamás lo encontraremos. No obstante, la paradoja en cuestión no nos inhabilita necesariamente para adquirir nuevos conocimientos. Lo que importa es que la búsqueda no sea rígida, sino abierta a nuevos aprendizajes. Yo he intentado aprender mucho antes de elaborar esa lista y las historias como la de Vasanti fueron elementos clave de esa experiencia de aprendizaje (aunque no forman parte de mi justificación de dicha lista, como veremos más adelante). Tampoco se trata de un listado definitivo: si carece de algo que, según nos muestre la experiencia, resulta ser un elemento crucial para una vida humanamente digna, siempre podrá ser impugnada y reelaborada. Yo he intentado (y continuo intentando) formarme un juicio sobre esta cuestión que esté acorde con mi trabajo con innumerables activistas a lo largo de los años, y con mis propias observaciones de lo que sus experimentados ojos perciben como significativo en la vida de las mujeres de sus propias sociedades.

Recientemente, el trabajo empírico realizado por Jonathan Wolff y Avner De-Shalit ha confirmado que las capacidades de mi lista son las que las propias comunidades inmigrantes con las que ellos han trabajado (en Israel y en Gran Bretaña) reconocen como más relevantes. La narración de relatos o de historias nunca es neutra; el narrador siempre dirige nuestra atención hacia ciertos elementos del mundo. De todos modos, deberíamos resaltar la curiosidad genuina y la flexibilidad teórica a la hora de construir una perspectiva alternativa. El «enfoque de las capacidades» nació precisamente para ser una alternativa al enfoque del PIB que incorporara esas importantes virtudes.

El enfoque de las capacidades se ha ido elaborando normalmente en el contexto de las políticas internacionales para el desarrollo, centrado especialmente en naciones más pobres que luchan por mejorar su calidad de vida. Últimamente, sin embargo, también otros países más ricos han empezado a compilar sus propios «informes de desarrollo humano», y sus datos han sido siempre importantes para elaborar los informes de la Oficina del Informe sobre Desarrollo Humano de la ONU. Aun así, hay quienes siguen creyendo que la perspectiva adoptada en dichos estudios resulta

adecuada única y exclusivamente para países pobres. Todas las naciones, sin embargo, albergan multitud de esforzadas historias individuales de aspiración a llevar unas vidas humanamente dignas y en todas se viven y se desarrollan luchas por la igualdad y la justicia. La historia de Vasanti tiene ciertos rasgos que son más infrecuentes en Estados Unidos porque aquí la tasa de analfabetismo es menor que en la India. Pero en las escuelas de los barrios urbanos deprimidos de nuestro país, es habitual que buena parte del alumnado no reciba siquiera un grado apropiado de alfabetización funcional. Y en niveles educativos superiores, continúan observándose alarmantes desigualdades de acceso. La experiencia de la violencia doméstica es probablemente tan común en Estados Unidos como en la India, según muestran algunos estudios, y las estrategias desplegadas para combatirla son aún insuficientes, a pesar de la mayor concienciación pública sobre el problema y de los esfuerzos de los activistas jurídico-legales. Las desigualdades en atención sanitaria y nutrición son generalizadas en Estados Unidos y ese es un fracaso sin paliativos en un país de tan elevada riqueza como el nuestro. Todas las naciones, pues, son países en vías de desarrollo, ya que contienen problemas de desarrollo humano y luchas personales por alcanzar una calidad de vida plenamente adecuada y un mínimo de justicia social. Y todos están actualmente fracasando en mayor o menor medida a la hora de cumplir con el objetivo de garantizar dignidad y oportunidades para cada persona. Todos, pues, pueden hallar inspiración en este enfoque de las capacidades.

Capítulo 2

LAS CAPACIDADES CENTRALES

El enfoque que estamos investigando recibe a veces el nombre de «enfoque del desarrollo humano» y, otras veces, el de «enfoque de la capacidad» o «de las capacidades». En alguna que otra ocasión, ambos términos aparecen combinados, como en el *Journal of Human Development and Capabilities* («Revista de las capacidades y el desarrollo humanos»), denominación actual de la anterior *Journal of Human Development* y que refleja su nueva condición de revista oficial de la HDCA. Estos títulos se emplean hasta cierto punto como meras variantes verbales y muchas personas no hacen distinción alguna entre ellos. Si alguna diferencia significativa se puede aducir, es la de que el «enfoque del desarrollo humano» se ha relacionado históricamente con la Oficina del Informe sobre Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y con sus informes anuales de desarrollo humano. En estos se utiliza el concepto de las capacidades como un indicador comparativo más que como una base para la teoría política normativa. Amartya Sen tuvo un importante papel en su diseño, pero, aun así, tales informes no incorporan todos los aspectos de su teoría (pragmática y orientada a resultados); simplemente, pretenden presentar información comparativa de un modo que, más que para avanzar una teoría económica o política sistemática, sirva para reorientar el debate sobre el desarrollo y las políticas correspondientes.

El «enfoque de la capacidad» y el de «las capacidades» son los términos clave en el programa político-económico que Sen propone en sus obras *Nuevo examen de la desigualdad* y *Desarrollo y libertad*, dedicadas a recomendar el marco de las capacidades como espacio idóneo para realizar comparaciones sobre la calidad de vida y a mostrar por qué es superior a los enfoques utilitaristas y cuasi rawlsianos. Yo uso normalmente el plural, «capacidades», para enfatizar

que los elementos más importantes de la calidad de vida de las personas son plurales y cualitativamente distintos: la salud, la integridad física, la educación y otros aspectos de las vidas individuales no pueden ser reducidos a una métrica única sin distorsionarse. También Sen hace especial hincapié en esa idea de pluralidad e irreducibilidad, que constituye un elemento clave del enfoque.

Yo prefiero el término «enfoque de las capacidades» (en muchos contextos, cuando menos) al de «enfoque del desarrollo humano» porque me interesan las capacidades tanto de las personas, como las de los animales no humanos. El enfoque proporciona una buena base para la edificación de una teoría de la justicia y los derechos para los animales en general (tanto los humanos como los que no lo son). Sen comparte este interés, aunque no lo ha convertido en el foco central de su trabajo.

El enfoque de las capacidades puede definirse provisionalmente como una aproximación particular a la evaluación de la calidad de vida y a la teorización sobre la justicia social básica. En él se sostiene que la pregunta clave que cabe hacerse cuando se comparan sociedades y se evalúan conforme a su dignidad o a su justicia básicas es: ¿qué es capaz de hacer y de ser cada persona? Dicho de otro modo, el enfoque concibe *cada persona como un fin en sí misma* y no se pregunta solamente por el bienestar total o medio, sino también por las oportunidades disponibles para cada ser humano. Está *centrado en la elección o en la libertad*, pues defiende que el bien crucial que las sociedades deberían promover para sus pueblos es un conjunto de oportunidades (o libertades sustanciales) que las personas pueden luego llevar, o no llevar, a la práctica: ellas eligen. Es, por lo tanto, un enfoque comprometido con el respeto a las facultades de autodefinición de las personas. Es decididamente *pluralista en cuanto a valores*: sostiene que las capacidades que tienen una importancia central para las personas se diferencian cualitativamente entre sí y no sólo cuantitativamente, que no pueden reducirse a una sola escala numérica sin ser distorsionadas, y que una parte fundamental de su adecuada comprensión y producción pasa por entender la naturaleza específica de cada una de ellas. Por último, el enfoque *se ocupa de la injusticia y la desigualdad sociales arraigadas*, y, en especial, de aquellas fallas u omisiones de capaci-

dades que obedecen a la presencia de discriminación o marginación. Asigna una tarea urgente *al Estado y a las políticas públicas*: concretamente, la de mejorar la calidad de vida para todas las personas, una calidad de vida definida por las capacidades de estas.

Estos son los elementos esenciales del enfoque. De él existen (como mínimo) dos versiones, algo debido en parte a que ha sido utilizado para dos fines diferentes. Mi propia versión, que pone ese enfoque al servicio de la construcción de una teoría de la justicia social básica, añade otras nociones en el proceso (como las de la *dignidad humana*, *nivel umbral o liberalismo político*). Al ser una teoría de los derechos (*entitlements*) políticos fundamentales, mi versión del enfoque emplea también una lista concreta de las «capacidades centrales». Comparado con otras muchas conocidas teorías del bienestar, mi enfoque no sólo añade, sino que también sustituye: mi teoría de la justicia basada en las capacidades se abstiene de ofrecer una evaluación de conjunto de la calidad de vida en una sociedad, ni siquiera con fines comparativos, pues el papel del *liberalismo político* en esta teoría mía me obliga a renunciar a proponer un concepto global de valor. La preocupación principal de Sen, por su parte, ha sido la de reconocer en la capacidad el espacio de comparación más pertinente en materia de evaluación de la calidad de vida, cambiando así la dirección del debate sobre el desarrollo. Su versión del enfoque no propone un concepto definido de la justicia básica, aunque se trata de una teoría normativa y se interesa claramente por las cuestiones de justicia (centrándose, por ejemplo, en los casos de fallas de capacidades que son producto de la discriminación racial o de género). Como consecuencia, Sen no emplea un umbral ni una lista específica de capacidades, aun cuando es evidente que piensa que algunas capacidades (como, por ejemplo, la salud y la educación) ocupan un lugar particularmente central. Tampoco hace un uso teórico primordial del concepto de *dignidad humana*, si bien reconoce sin duda su importancia. Al mismo tiempo, Sen propone que la idea de las capacidades puede ser la base de una evaluación integral de la calidad de vida en una nación, y, en ese sentido, se aparta de los fines deliberadamente limitados de mi liberalismo político.

Nos ocuparemos más a fondo de estas diferencias en el capítulo

lo 4. De momento, sin embargo, podemos continuar tratando el enfoque como si se tratara de una sola y relativamente unificada aproximación a un conjunto de cuestiones sobre la calidad de vida y la justicia básica. Tanto la historia de Vasantí como los aspectos que destacan de su situación podrían haber sido referidos tanto por Sen como por mí misma, y ambos habríamos reconocido los mismos elementos esenciales (aunque Sen no los habría formalizado en una lista ni habría realizado evaluaciones de justicia social mínima, pues habría optado más bien por centrarse en temas relacionados con la calidad de vida). Espero haber explicado ya lo suficiente como para haber puesto de relieve los contornos comunes del enfoque y los conceptos que lo guían, así como algunos conceptos específicos de mi propia versión que también definiré en este capítulo, aun cuando no figuren de forma central en la teoría de Sen.

¿Qué son las *capacidades*? Son las respuestas a la pregunta: «¿Qué es capaz de hacer y de ser esta persona?». Por decirlo de otro modo, son lo que Sen llama «libertades sustanciales», un conjunto de oportunidades (habitualmente interrelacionadas) para elegir y actuar. Según una de las definiciones del concepto típicas de Sen, «la “capacidad” de una persona hace referencia a las combinaciones alternativas de funcionamientos que le resulta factible alcanzar. La capacidad viene a ser, por lo tanto, una especie de libertad: la libertad sustantiva de alcanzar combinaciones alternativas de funcionamientos». Dicho de otro modo, no son simples habilidades residentes en el interior de una persona, sino que incluyen también las libertades o las oportunidades creadas por la combinación entre esas facultades personales y el entorno político, social y económico. Para dejar clara la complejidad de las capacidades, yo me refiero a estas «libertades sustanciales» con el nombre de *capacidades combinadas*. Las capacidades combinadas de Vasantí son la totalidad de las oportunidades que dispone para elegir y para actuar en su situación política, social y económica concreta.

Evidentemente, las características de una persona (los rasgos de su personalidad, sus capacidades intelectuales y emocionales, su estado de salud y de forma física, su aprendizaje interiorizado o sus habilidades de percepción y movimiento) son sumamente rele-

vantes para sus «capacidades combinadas», pero viene bien distinguir aquellas de estas últimas, de las que no son más que una parte. Esos estados de la persona (que no son fijos, sino fluidos y dinámicos) son los que yo denomino *capacidades internas*. Conviene diferenciarlos, a su vez, del equipamiento innato de cada persona: se trata más bien de rasgos y de aptitudes entrenadas y desarrolladas, en muchos casos, en interacción con el entorno social, económico, familiar y político. Se incluyen en ellas características tales como la habilidad política aprendida y evidenciada por Vasantí o sus aptitudes como costurera, así como la confianza en sí misma que ha descubierto recientemente o su liberación con respecto a sus temores anteriores. Una de las tareas que corresponde a una sociedad que quiera promover las capacidades humanas más importantes es la de apoyar el desarrollo de las capacidades internas, ya sea a través de la educación, de los recursos necesarios para potenciar la salud física y emocional, del apoyo a la atención y el cariño familiares, de la implantación de un sistema educativo, o de otras muchas medidas.

¿Por qué es importante distinguir las capacidades internas de las combinadas? Porque esta distinción se corresponde con dos labores (coincidentes en parte, aunque diferentes) de toda sociedad digna. Una sociedad podría estar produciendo adecuadamente las capacidades internas de sus ciudadanos y ciudadanas, al tiempo que, por otros canales, podría estar cortando las vías de acceso de esos individuos a la oportunidad de funcionar de acuerdo con esas capacidades. Muchas sociedades educan a las personas para que sean capaces de ejercer su libertad de expresión en asuntos políticos (es decir, a nivel interno), pero luego les niegan esa libertad en la práctica reprimiéndola. Muchas personas que son internamente libres para ejercer una religión carecen de la capacidad combinada para hacerlo debido a que la libertad de la práctica religiosa no está protegida por su Estado. Muchas personas que disponen de la capacidad interna para participar en política no pueden optar por hacerlo porque no tienen la capacidad combinada para ello: pueden ser inmigrantes sin derechos legales, por ejemplo, o pueden estar excluidas de la participación de algún otro modo. También es posible que una persona viva en un entorno político y social en el

que podría materializar una capacidad interna (como, por ejemplo, criticar al gobierno), pero carezca de una aptitud suficientemente desarrollada para pensar con sentido crítico o para pronunciarse en público.

Puesto que las capacidades combinadas se definen como la suma de las capacidades internas y las condiciones sociales/políticas/económicas en las que puede elegirse realmente el funcionamiento de aquellas, no es posible conceptualmente imaginar una sociedad que produzca capacidades combinadas sin que antes produzca capacidades internas. Sí que podríamos, sin embargo, concebir una sociedad que cree correctamente contextos para la elección en muchos ámbitos, pero que no eduque a sus ciudadanos y ciudadanas, ni nutra el desarrollo de sus capacidades de pensamiento. Algunos estados de la India son así: abiertos a quienes quieran participar, pero nefastos a la hora de proporcionar la sanidad y la educación básicas que permitirían a esas personas participar. En estos casos, terminológicamente hablando, diríamos que ni las capacidades internas ni las combinadas estaban presentes, pero que, al menos, la sociedad en cuestión había hecho algunas cosas bien. (Y, por supuesto, en una sociedad así, son muchas las personas que sí disponen de capacidades combinadas, pero entre ellas no se cuentan las pobres ni las marginadas.) El Gujarat de Vasanti tiene una elevada tasa de participación política, como todos los estados indios en general, por lo que podemos decir que ha conseguido hacer extensivas las capacidades políticas a todos y a todas. (Nótese que aquí inferimos la presencia de la capacidad a partir del funcionamiento real: parece difícil obrar de otro modo empíricamente, pero desde un punto de vista conceptual deberíamos tener presente que una persona puede ser perfectamente capaz de votar y, aun así, optar por no hacerlo.) Sin embargo, Gujarat no ha tenido un éxito similar a la hora de promover capacidades internas relacionadas (como pueden ser la educación, la información adecuada y la confianza), ni entre las personas pobres ni entre las mujeres y las minorías religiosas.

La distinción entre las capacidades internas y las combinadas no es diáfana, ya que una persona adquiere normalmente una capacidad interna gracias a cierta forma de funcionamiento y puede

perderla si carece de la oportunidad de funcionar. Pero esta diferenciación constituye una especie de método heurístico útil con el que diagnosticar los logros y las deficiencias de una sociedad.

Las capacidades internas de las personas no son lo mismo que el equipamiento innato de estas. Aun así, el concepto de equipamiento innato no deja de tener importancia en el enfoque del desarrollo humano. A fin de cuentas, el término «desarrollo humano» sugiere el despliegue de unas facultades que las personas traen consigo al mundo. Históricamente, el enfoque ha estado influido por perspectivas filosóficas que se centran en el florecimiento o la realización humanos, desde Aristóteles y John Stuart Mill en Occidente hasta Rabindranath Tagore en la India, por poner algunos ejemplos. Y el enfoque utiliza en muchos sentidos la idea intuitiva del derroche y el hambre para dar a entender lo que hay de malo en una sociedad que frustra el desarrollo de las capacidades. Adam Smith escribió que la privación de educación hacía que una persona estuviera «mutilada y deformada en una parte del carácter de la naturaleza humana incluso más esencial». * Esta frase capta una importante idea intuitiva que subyace al proyecto de las capacidades. Necesitamos, pues, un modo de referirnos a esas facultades innatas, tanto si son nutridas posteriormente como si no, y en ese sentido podemos emplear el término *capacidades básicas*. Ahora sabemos que el desarrollo de capacidades básicas no es algo que esté integrado en nuestro ADN: la nutrición materna y la experiencia prenatal desempeñan un papel importante en su despliegue y su conformación. Además, desde el momento mismo del nacimiento de un bebé, tratamos con capacidades internas muy tempranas que, lejos de tratarse de una cuestión de puro potencial, están condicionadas ya por el entorno. Pese a ello, la categoría es útil siempre y cuando no la malinterpretamos. Las capacidades básicas son las facultades innatas de la persona que hacen posible su posterior desarrollo y formación.

El concepto de capacidades básicas debe usarse con suma cautela, pues es fácil imaginar una teoría desde la que se sostenga que

* Cita en castellano tomada de Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, ed. de Carlos Rodríguez Braun, Madrid, Alianza, 2001, pág. 721. (N. del t.)

los derechos políticos y sociales de las personas deberían ser proporcionales a su inteligencia o su habilidad innatas. Nuestro enfoque, sin embargo, no propone nada por el estilo, sino que incide en que el objetivo político de todos los seres humanos de una nación debería ser el mismo: todos y todas deberían superar un cierto nivel umbral de capacidad combinada, entendiendo ese deber no como un funcionamiento obligado, sino como una libertad sustancial para elegir y actuar. Eso es lo que significa tratar a todas las personas con igual respeto. Por consiguiente, la actitud hacia las capacidades básicas de las personas no es meritocrática (no se concede un mejor trato a las personas dotadas de mayores habilidades innatas) sino, si acaso, todo lo contrario: quienes necesitan más ayuda para superar el nivel son quienes más la reciben. En el caso de personas con discapacidades cognitivas, el objetivo debería consistir en que tengan las mismas capacidades que las personas «normales», aunque algunas de esas oportunidades tal vez tengan que ser ejercidas a través de un representante sustituto y este pueda suministrar en algunos casos parte de la capacidad interna en cuestión si la persona es incapaz de desarrollar suficiente capacidad de elección por sí misma (por ejemplo, votando en nombre de esa persona incluso en el caso de que esta sea incapaz de elegir). La única condición es que la persona sea hijo o hija de padres humanos y sea capaz de demostrar, al menos, algún tipo de actividad conativa: por lo tanto, según esta teoría, una persona anencefálica o en estado vegetativo permanente no sería candidata a tener derechos políticos iguales a las demás. Pero la noción de capacidad básica continúa siendo apropiada para el ámbito educativo: si un niño o una niña sufre discapacidades cognitivas innatas, las intervenciones especiales están justificadas.

Si la capacidad es una cara de la moneda, la otra es el *funcionamiento*. Un funcionamiento es la realización activa de una o más capacidades. Los funcionamientos no tienen por qué ser particularmente activos ni —por emplear el mismo término utilizado por uno de los críticos de la teoría— «vigorosos». Disfrutar de buena salud es un funcionamiento, como también lo es el estar tranquilamente tendido en la hierba. Los funcionamientos son seres y hacen que, a su vez, vienen a ser los productos o las materializaciones de unas capacidades.

A la hora de comparar capacidades con funcionamientos, deberíamos tener en cuenta que capacidad significa «oportunidad de seleccionar». La noción de *libertad de elección* está, pues, inscrita en el concepto mismo de capacidad. Por usar un ejemplo de Sen, una persona que pasa hambre y otra que ayuna tienen el mismo tipo de funcionamiento en lo que a su nutrición respecta, pero no disponen de la misma capacidad, pues la que ayuna es capaz de no ayunar, mientras que la hambrienta lo es porque no tiene elección.

En cierto modo, las capacidades son importantes porque pueden traducirse en funcionamientos. Si las personas nunca funcionarían, en ningún sentido parecería extraño decir de su sociedad que es buena porque les ha conferido muchas capacidades. Estas serían inútiles y vanas si no se usaran nunca y la gente se pasara la vida durmiendo. En ese limitado sentido, pues, la noción de funcionamiento sirve de punto de destino final para la noción de capacidad. Pero las capacidades tienen también valor en sí mismas, entendidas como ámbitos de libertad y elección. Promover capacidades es promover áreas de libertad, lo que no es lo mismo que hacer que las personas funcionen en un determinado sentido. Por consiguiente, el enfoque de las capacidades se aparta de toda una tradición en economía que mide el valor real de un conjunto de opciones en función del mejor uso que se pueda hacer de ellas. Las opciones son aquí libertades y la libertad tiene un valor intrínseco.

Algunas perspectivas políticas niegan esto, pues sostienen que la manera correcta de actuar de un gobierno es hacer que las personas lleven vidas saludables, realicen actividades que valgan la pena, ejerzan la religión, etcétera. Nosotros negamos esto último y decimos que los objetivos políticos apropiados son las capacidades y no los funcionamientos, puesto que son aquellas las que garantizan la existencia de un espacio para el ejercicio de la libertad humana. Existe una diferencia moral enorme entre una política que promueve la salud y otra que promueve las capacidades en materia de salud: la segunda (y no la primera) es la que verdaderamente respeta la elección de estilo de vida de la persona.

Esta preferencia por las capacidades está ligada a la cuestión del respeto a una pluralidad de visiones religiosas y laicas de la vida

diferentes, y, por lo tanto, a la idea del liberalismo político (definido en el capítulo 4).

La de los niños es, evidentemente, una situación distinta: exigirles ciertas formas de funcionamiento (como, por ejemplo, la educación obligatoria) es defendible como preludio necesario de la capacidad adulta.

Algunas de las personas que emplean el enfoque de las capacidades piensan que, en ciertas áreas, el Estado está legitimado para promover funcionamientos y no sólo capacidades. Richard Arneson, por ejemplo, ha defendido políticas de orientación paternalista en el ámbito de la salud: los gobiernos deberían utilizar su poder para obligar a las personas a adoptar estilos de vida sanos. Ni Sen ni yo estamos de acuerdo con esa postura debido al elevado valor que atribuimos a la libertad de elección. Hay, eso sí, una excepción: el trato respetuoso y no humillante del Estado a las personas no debería ser una opción en manos de estas, o, al menos, así lo sostengo yo. Supongamos, por ejemplo, que el gobierno federal estadounidense diera a cada ciudadano y ciudadana un centavo que, cada uno de ellos, pudiera emplear luego opcionalmente para «comprar» un trato respetuoso de parte de ese gobierno. Si la persona optara por guardarse el centavo, el gobierno la humillaría. Y eso es inaceptable. El Estado debe tratar a todas las personas con respeto y debe abstenerse de humillarlas. Si incluyo esta excepción, es por la centralidad que los conceptos de dignidad y respeto ocupan en la generación de la lista completa de capacidades. Por otra parte, y en parecido sentido, la práctica totalidad de usuarios y usuarias de este enfoque coincidirían conmigo en que la esclavitud debe estar prohibida, aunque haya una mayoría que se declare favorable a ella y aunque haya quienes estén dispuestos a suscribirla para sí mismos mediante un contrato voluntario.

Otro ámbito de desacuerdo razonable es el relacionado con el derecho a hacer cosas que, aparentemente, pueden destruir algunas capacidades (o todas ellas). ¿Debería permitirse a las personas que vendan sus órganos? ¿O que consuman drogas duras? ¿O que practiquen alguno de los numerosos deportes de riesgo que existen? Normalmente, alcanzamos compromisos en ámbitos de ese tipo, pero no siempre son lógicos: de ahí que el alcohol, una droga

muy destructiva, continúe siendo legal mientras que la marihuana esté ilegalizada en casi todos los sentidos. Regulamos la mayoría de los deportes por razones de seguridad, pero no mantenemos ningún debate público organizado en torno a qué ámbitos de libertad tendría sentido suprimir en aras de la seguridad. Podemos estar de acuerdo, sin duda, en opinar que la destrucción de capacidades en niños y niñas es un asunto de particular gravedad y que, como tal, debería estar prohibida. En otros casos, parecen plausibles ciertas regulaciones razonables de la seguridad, a menos que algún debate al respecto revele que la eliminación de una opción (como la de boxear sin guantes, por poner un caso) constituye realmente una violación tal de la libertad que hace que la vida de las personas sea incompatible con la dignidad humana. Lo normal, de todos modos, es que las situaciones no sean tan graves; de ahí que, en muchos de esos casos, nuestro enfoque no tenga nada que decir y permita que las situaciones se decidan a través del proceso político.

Hay una pregunta relacionada y crucial cuya respuesta resulta aún más esclarecedora de este punto anterior: ¿cuáles son las capacidades más importantes? Lejos de ocultarla, el enfoque convierte esta pregunta valorativa en uno de sus aspectos centrales. Ese es uno de sus rasgos atractivos. Otros enfoques siempre adoptan algún tipo de posicionamiento en cuestiones de valor, pero, a menudo, sin darle un carácter explícito ni argumentativo. Sen y yo sostenemos que es crucial afrontar directamente esa pregunta y abordarla con argumentos normativos pertinentes.

Sen se posiciona a propósito de esa cuestión valorativa por medio del énfasis, la selección de ejemplos y las referencias implícitas, pero no prueba a ofrecer una respuesta que pueda considerarse sistemática a la pregunta, algo sobre lo que volveremos en el capítulo 4. Es razonable que no lo intente en la medida en que utilice la idea de capacidades únicamente para enmarcar comparaciones. Ahora bien, si la utiliza para construir una teoría de la democracia y la justicia, ya no está tan claro que su elusión de compromiso alguno en cuanto a la sustancia del argumento sea tan acertada. Todo uso del concepto de capacidad para fines relacionados con el derecho normativo y las políticas públicas debe acabar posicionándose en un momento u otro sobre la sustancia, afirmando que algunas

capacidades son importantes y otras lo son menos, y que algunas son buenas y otras (incluso) malas.

Volver sobre la idea de las capacidades básicas nos ayudará a comprender mejor esto último. Los seres humanos vienen al mundo con el equipamiento suficiente para múltiples «haceres y seres» (por emplear una expresión habitual de Sen) y renemos que preguntamos cuáles de ellos merece la pena desarrollar en forma de capacidades maduras. Adam Smith afirmaba, a propósito de los niños privados de educación, que estos quedaban así «mutilados y deformados». Pero imaginémosnos a un niño cuya capacidad para la crueldad y la humillación de otras personas acaba agostándose y secándose gracias al desarrollo familiar y social al que se ve sometido: no se nos ocurriría decir de ese pequeño que está «mutilado y deformado», ni siquiera aunque admitiéramos que esas capacidades frustradas tenían su base en su propia naturaleza humana innata. O supongamos que nos explicaran que a una niña jamás le enseñaron lo necesario para que fuera capaz de silbar la melodía de *Yankee Doodle Dandy* y hacer el pino al mismo tiempo. Tampoco diríamos que las facultades humanas de esa niña han sido «mutiladas y deformadas» porque la capacidad en cuestión, si bien no es mala (a diferencia de la capacidad para la crueldad), y aunque es probable que esté arraigada en su propia naturaleza humana, lo cierto es que no es muy importante.

El enfoque de las capacidades no es una teoría sobre lo que la naturaleza humana es o no es, ni interpreta normas a partir de la naturaleza humana innata. Es, más bien, evaluativo y ético desde el principio: se pregunta qué cosas, de entre las muchas para las que los seres humanos pueden desarrollar una capacidad de desempeño, son aquellas que una sociedad con un mínimo aceptable de justicia se esforzará por nutrir y apoyar. Las teorías sobre la naturaleza humana nos explican cuáles son los recursos y las posibilidades con los que contamos y cuáles podrían ser nuestras dificultades. Sin embargo, no nos indican qué valorar.

Los animales no humanos son menos maleables que los humanos y pueden no ser capaces de aprender a inhibir una capacidad dañina sin sufrir una frustración dolorosa. Son también más difíciles de «interpretar», ya que sus vidas no son las nuestras. La obser-

vación de sus capacidades reales y el manejo de una buena teoría descriptiva de cada especie y de su forma de vida desempeñarán correspondientemente un papel más amplio en la creación de una teoría normativa de las capacidades animales que en el caso humano. Aun así, el ejercicio normativo es crucial, por difícil que pueda resultar.

¿Por dónde comenzaríamos a la hora de seleccionar las capacidades sobre las que queremos centrarnos? Buena parte de la respuesta a esa pregunta depende del fin que persigamos. Por un lado, si nuestra intención es meramente comparativa, todos los tipos de capacidades sugieren comparaciones interesantes entre naciones y entre regiones, y no hay motivo para prescribir unas u otras por adelantado: los nuevos problemas que vayan surgiendo podrán su-gerir, a su vez, nuevas comparaciones. Por otro lado, si nuestra meta es, más bien, establecer unos principios políticos que puedan servir de fundamento para el derecho constitucional y las políticas públicas en una nación que aspire a la justicia social (o proponer unos objetivos para la comunidad de naciones), la selección adquiere una importancia primordial. Pero no podemos seleccionar utilizando únicamente la noción de capacidades. El hecho de que se llame «enfoque de las capacidades» no debería inducirnos a creer que el enfoque en cuestión emplea solamente un único concepto y trata de excluir todos los demás.

Llegados a este punto es cuando invoco la noción de dignidad humana y de vida humana digna (o, en el caso de que estemos considerando alguna otra especie animal, la dignidad que sea apropiada para la especie en cuestión). La de dignidad es una noción intuitiva que no está ni mucho menos del todo clara. Si se usa de forma aislada, como si fuera completamente evidente en sí misma, puede acabar empleándose de manera caprichosa e incoherente. Sería erróneo utilizarla, pues, como si se tratara de un fundamento intuitivamente evidente y sólido para una teoría que se construyera entonces a partir de ella. Mi enfoque no obra de ese modo: la dignidad es un elemento de la teoría, pero todos los conceptos empleados en esta se entienden como elementos interconectados entre sí y que, como tales, se explican y se esclarecen mutuamente. (En el capítulo 4 se desarrolla más a fondo la idea subyacente en este tipo

de justificación holística y no basada en fundamentos.) En el caso de la dignidad, la noción de respeto viene a ser un pariente particularmente importante de aquella, y son los principios políticos mismos los que esclarecen el significado que damos a la dignidad humana (y a la ausencia de esta). Pero la idea básica es que ciertas condiciones de vida facilitan a las personas una vida que es merecedora de la dignidad humana que ellas poseen, mientras que otras condiciones no lo hacen. En estas últimas circunstancias, las personas conservan dignidad, pero esta funciona más bien como un pagaré cuyos plazos aún no han sido abonados. Tal como Martin Luther King, Jr., dijo a propósito de las promesas inherentes a los ideales nacionales, la dignidad puede ser como «un cheque que nos han devuelto con una notificación de "fondos insuficientes"» estampada en él».

Aunque la de dignidad es una idea poco precisa que hay que dotar de contenido situándola en una red de nociones relacionadas, tiene un impacto diferencial. El énfasis en la dignidad se diferencia (y mucho) del énfasis en la satisfacción, por ejemplo. Pensemos en los debates sobre la educación para personas con discapacidades cognitivas graves. Desde luego, parece posible generar satisfacción para muchas de esas personas sin necesidad de un desarrollo educativo. Los casos judiciales que abrieron las puertas de las escuelas públicas a esos alumnos y alumnas esgrimieron, en diversas sentencias clave, el concepto de dignidad: no tratamos a un niño con síndrome de Down de manera acorde con su dignidad si no desarrollamos las facultades mentales de ese pequeño por medio de una educación adecuada. Además, en una amplia variedad de ámbitos, del énfasis en la dignidad se desprende necesariamente la elección de políticas que protejan y apoyen la *agency* (la capacidad de acción del individuo) en vez de otras que infantilicen a las personas y las traten como receptoras pasivas de prestaciones.

Muchas son las formas en las que se pueden negar las aspiraciones de dignidad humana, pero todas ellas son resumibles en dos, que se corresponden precisamente con los ámbitos asociados a las nociones de capacidad interna y capacidad combinada. Así, por un lado, las condiciones sociales, políticas, familiares y económicas pueden impedir que las personas opten por funcionar conforme a

una capacidad interna ya desarrollada: este es un tipo de frustración comparable al encarcelamiento. Pero, por otro lado, las condiciones negativas pueden penetrar más a fondo en las personas, atrofiando o deformando el desarrollo de sus capacidades internas. En ambos casos, pervive la dignidad humana básica: la persona sigue siendo merecedora de igual respeto que las demás. En el segundo de ellos, sin embargo, se ha vulnerado más profundamente esa dignidad. Pensemos, por ejemplo, en la diferencia entre una violación y un simple robo. Ambos dañan a una persona; ni lo uno ni lo otro eliminan la dignidad humana de esta, igual a la de los demás individuos. Pero podemos decir que la violación vulnera la dignidad de una mujer (como no la vulnera un robo) porque invade su vida interior de pensamientos y emociones, y cambia su relación consigo misma.

La noción de dignidad está estrechamente relacionada con la idea de conación activa.* Guarda, pues, un parentesco cercano con la noción de capacidad básica: algo inherente a la persona y que exige ser desarrollado. Pero, si bien hay margen para debatir si el potencial innato difiere entre personas, la dignidad humana es desde un principio igual en todas las personas que son *agentes* (lo que significa que quedan excluidas aquellas que se hallan en un estado vegetativo permanente y las anencéfálicas, que, por lo tanto, carecen de cualquier clase de agencia). Todos y todas, dicho de otro modo, merecen igual respeto de parte de las leyes y las instituciones. Si las personas son consideradas en su calidad de ciudadanos y ciudadanas, todas ellas tienen iguales derechos. En este nivel, pues, la igualdad ocupa un lugar primario en la teoría: un papel que se ve luego confirmado por su ajuste con el resto de la misma. De un supuesto como el de la igual dignidad de las personas no se sigue, sin embargo, que todas las capacidades de importancia central tengan que ser igualadas para todos y todas. Tratar a las personas como iguales puede no significar necesariamente igualar las condiciones de vida de todas ellas. La cuestión de qué se debe hacer para tratar a las personas como iguales habrá de abordarse en una fase posterior y con argumentos independientes.

* La conación (*striving*) es aquella parte del sujeto humano referida a sus anhelos, esfuerzos, motivaciones y deseos. (N. del t.)

En general, pues, el enfoque de las capacidades (al menos, en mi versión) se centra en la protección de ámbitos de libertad tan cruciales que su supresión hace que la vida no sea humanamente digna. Cuando una libertad no es tan trascendental, su regulación depende ya del funcionamiento corriente del proceso político. A veces, es evidente que una determinada capacidad tiene una relevancia central en ese sentido: el mundo ha alcanzado un consenso, por ejemplo, en torno a la importancia de la educación primaria y secundaria. Parece igualmente claro que la habilidad que se requiere para silbar *Yankee Doodle Dandy* y hacer el pino al mismo tiempo no tiene tan crucial trascendencia y no merece un nivel especial de protección. No son pocos los casos que pueden no estar claros durante mucho tiempo: siglos y siglos se tardó, por ejemplo, en entender que el derecho de una mujer a negarse a mantener relaciones sexuales con su marido es un derecho crucial de su integridad física. Lo que debe suceder en esos casos es que el debate correspondiente tenga lugar y que cada interviniente en él exponga argumentos que intenten mostrar que una libertad dada es inherente a la idea de dignidad humana. Esto es algo que no puede realizarse haciendo vagas invocaciones intuitivas del concepto de dignidad por sí solo, sino que debe llevarse a cabo discutiendo la relación del supuesto derecho con otros derechos ya existentes a través de un proceso prolongado y detallado, que muestre, por ejemplo, la relación entre la integridad física de las mujeres en el hogar, por un lado, y la plena igualdad de estas como ciudadanas y trabajadoras, su salud emocional y física, etcétera, por el otro. Pero siempre habrá numerosos casos que estén poco claros. ¿Qué pasa, por ejemplo, con el derecho a los matrimonios plurales? ¿Y con el derecho a la educación en el hogar? Como el enfoque no infiere el valor de una libertad o de una capacidad a partir de las preferencias ya existentes de las personas (pues, así calculado, tal valor puede distorsionarse de formas diversas), lo que resulta realmente crucial es la calidad del argumento y no el número de personas que lo apoyan. Pero es evidente que el enfoque dejará muchos asuntos en el terreno de lo opcional, como temas que le compete decidir al proceso político.

Considerando las diversas áreas de la vida humana en que las

personas se mueven y actúan, este enfoque de la justicia social se pregunta: ¿qué se necesita para que una vida esté a la altura de la dignidad humana? Lo mínimo y esencial que se exige de una vida humana para que sea digna es que supere un nivel umbral más que suficiente de diez «capacidades centrales». Dada la existencia de una concepción ampliamente compartida de la que se supone que ha de ser la tarea central de un gobierno (en concreto, la de hacer que las personas sean capaces de llevar una vida digna y próspera por encima de unos mínimos exigibles), podemos deducir que un orden político aceptable está obligado a procurar a todos los ciudadanos y ciudadanas un nivel umbral de las siguientes diez capacidades centrales:

1. *Vida*. Poder vivir hasta el término de una vida humana de una duración normal; no morir de forma prematura o antes de que la propia vida se vea tan reducida que no merezca la pena vivirla.
2. *Salud física*. Poder mantener una buena salud, incluida la salud reproductiva; recibir una alimentación adecuada; disponer de un lugar apropiado para vivir.
3. *Integridad física*. Poder desplazarse libremente de un lugar a otro; estar protegidos de los ataques violentos, incluidas las agresiones sexuales y la violencia doméstica; disponer de oportunidades para la satisfacción sexual y para la elección en cuestiones reproductivas.
4. *Sentidos, imaginación y pensamiento*. Poder utilizar los sentidos, la imaginación, el pensamiento y el razonamiento, y hacerlo de un modo «verdaderamente humano», un modo formado y cultivado por una educación adecuada que incluya (aunque ni mucho menos esté limitada a) la alfabetización y la formación matemática y científica básica. Poder usar la imaginación y el pensamiento para la experimentación y la producción de obras y actos religiosos, literarios, musicales o de índole parecida, según la propia elección. Poder usar la propia mente en condiciones protegidas por las garantías de la libertad de expresión política y artística, y por la libertad de práctica religiosa. Poder

disfrutar de experiencias placenteras y evitar el dolor no beneficioso.

5. *Emociones.* Poder sentir apego por cosas y personas externas a nosotras y nosotros mismos; poder amar a quienes nos aman y se preocupan por nosotros, y sentir duelo por su ausencia; en general, poder amar, apenarse, sentir añoranza, gratitud e indignación justificada. Que no se malogre nuestro desarrollo emocional por culpa del miedo y la ansiedad. (Defender esta capacidad significa defender, a su vez, ciertas formas de asociación humana que pueden demostrarse cruciales en el desarrollo de aquella.)
6. *Razón práctica.* Poder formarse una concepción del bien y reflexionar críticamente acerca de la planificación de la propia vida. (Esta capacidad entraña la protección de la libertad de conciencia y de observancia religiosa.)
7. *Afiliación.* a) Poder vivir con y para los demás, reconocer y mostrar interés por otros seres humanos, participar en formas diversas de interacción social; ser capaces de imaginar la situación de otro u otra. (Proteger esta capacidad implica proteger instituciones que constituyen y nutren tales formas de afiliación, así como proteger la libertad de reunión y de expresión política.) b) Disponer de las bases sociales necesarias para que no sintamos humillación y si respeto por nosotros mismos; que se nos trate como seres dignos de igual valía que los demás. Esto supone introducir disposiciones que combatan la discriminación por razón de raza, sexo, orientación sexual, etnia, casta, religión u origen nacional.
8. *Otras especies.* Poder vivir una relación próxima y respetuosa con los animales, las plantas y el mundo natural.
9. *Juego.* Poder reír, jugar y disfrutar de actividades recreativas.
10. *Control sobre el propio entorno.* a) *Político.* Poder participar de forma efectiva en las decisiones políticas que gobiernan nuestra vida; tener derecho a la participación política y a la protección de la libertad de expresión y de asociación. b) *Material.* Poder poseer propiedades (tanto muebles

como inmuebles) y ostentar derechos de propiedad en igualdad de condiciones con las demás personas; tener derecho a buscar trabajo en un plano de igualdad con los demás; estar protegidos legalmente frente a registros y detenciones que no cuenten con la debida autorización judicial. En el entorno laboral, ser capaces de trabajar como seres humanos, ejerciendo la razón práctica y manteniendo relaciones valiosas y positivas de reconocimiento mutuo con otros trabajadores y trabajadoras.

Aunque esta lista atañe a la vida humana en general, los titulares generales de sus diversos elementos proporcionan también una base razonable sobre la que empezar a reflexionar de forma adecuada acerca de lo que debemos a los animales no humanos, un tema que analizaremos más a fondo en el último capítulo.

Las capacidades pertenecen, en primer y prioritario lugar, a las personas individuales, y sólo luego, en sentido derivado, a los colectivos. El enfoque propugna un principio según el cual *cada persona es un fin en sí misma*. Estipula que el objetivo es producir capacidades para todas y cada una de las personas, sin usar a ninguna de ellas como medio para las capacidades de otras ni para las del conjunto. Este énfasis en la persona es de suma importancia de cara a la orientación de las decisiones políticas, pues no pocas naciones han entendido la familia, por ejemplo, como una unidad homogénea a la que apoyar desde el Estado, sin examinar ni fomentar las capacidades de cada uno de los miembros de aquella por separado. En ocasiones, determinadas políticas de base colectiva (como, por ejemplo, las de discriminación positiva) pueden constituir instrumentos eficaces en la creación de capacidades individuales, pero sólo así resultan justificables. Tampoco podemos desplazar este foco de atención normativo sobre el individuo hacia otros terrenos alegando algo tan obvio como que las personas se identifican a veces con colectivos que las engloban, como su grupo étnico, su Estado o su nación, o que se enorgullecen de los logros de ese grupo. Muchos habitantes pobres de Gujarat se identifican con los logros generales de su estado en materia de desarrollo, aun cuando apenas han salido ganando con ellos. El enfoque, sin embargo, considera

que cada persona es merecedora del mismo respeto y consideración, incluso aunque las personas no siempre tengan esa opinión de sí mismas. El enfoque, por así decirlo, no se basa en la satisfacción de las preferencias ya existentes.

Esta irreducible heterogeneidad de las «capacidades centrales» es de extraordinaria importancia. Ninguna nación puede satisfacer la necesidad de una determinada capacidad dando a las personas una gran cantidad de otra, ni siquiera entregándoles dinero. Todas son distintivas y todas han de ser garantizadas y protegidas de manera igualmente diferenciada. Veremos mejor la traducción de esta idea a la práctica si pensamos en el caso de una constitución encomendada a la protección de las capacidades como derechos esenciales de todos los ciudadanos y ciudadanas: las personas estarán facultadas a denunciar a su gobierno si la Constitución de su país protege la libertad religiosa y esta ha sido vulnerada, por mucho que, en otro orden de cosas, lleven una vida confortable, estén bien alimentadas y tengan adecuadamente aseguradas todas las demás capacidades importantes.

La exigencia fundamental de mi concepción de la justicia social es la siguiente: el respeto por la dignidad humana obliga a que los ciudadanos y las ciudadanas estén situados por encima de un umbral mínimo amplio (y específico) de capacidad en todas y cada una de las diez áreas. (Al hablar de ciudadanos y ciudadanas no pretendo negar los diversos derechos de los que también deben gozar los extranjeros residentes en situación legal o ilegal: simplemente me limito a comenzar por el caso central.)

La lista es una propuesta: puede discutirse argumentando que uno o más de sus elementos no es tan crucial y, por consiguiente, debería dejarse al arbitrio del proceso político corriente en lugar de recibir una protección especial. Supongamos que alguien pregunta por qué el juego y el ocio deberían ser objeto de semejante protección. Yo empezaría por señalarle que para muchas mujeres de todo el mundo, la «doble jornada» (el desempeño de un empleo y, además, de vuelta a casa, la realización de todas las tareas domésticas, incluido el cuidado de los niños y de los ancianos) es una carga aplastante que les impide el acceso a muchas de las otras capacidades de la lista: oportunidades laborales, participación política, sa-

lud física y emocional, amistades de muy variada índole, etcétera. La contribución del juego y de la libre expansión de las capacidades imaginativas a una vida humana no es únicamente instrumental sino que es también, en parte, elemento constitutivo de una vida humana valiosa. Esa es la clase de argumento que hay que presentar para incluir algo en la lista.

A veces, las condiciones sociales hacen que parezca imposible garantizar un nivel umbral de las diez capacidades para todos y todas: es posible que dos o más de ellas resulten conflictivas entre sí. Por ejemplo, los padres pobres del estado de Vasanti tal vez crean que necesitan que sus hijos e hijas no vayan a la escuela por la propia supervivencia de todos ellos, ya que necesitan los salarios del trabajo infantil para asegurarse la existencia. En un caso así, la pregunta natural del economista es: ¿qué sacrificios y compensaciones conviene hacer? Sin embargo, cuando las capacidades tienen un valor y una importancia intrínsecos (como sucede con las diez de mi lista), la situación producida cuando dos de ellas colisionan entre sí es *trágica*: sigamos el camino que sigamos, será inevitable que obremos de forma incorrecta con alguien.

El análisis coste-beneficio convencional no llega a captar por completo esta situación de *elección trágica*: la vulneración de un derecho fundamentado en la justicia básica no supone sólo un coste muy elevado, sino también un coste cualitativamente distinto que ninguna persona rendiría que soportar en una sociedad totalmente justa.

Sen ha explicado que esas situaciones de elección trágica evidencian un defecto inherente a los enfoques económicos convencionales, como es el hecho de que normalmente requieran una ordenación completa de todos los escenarios o estados de cosas. En los casos «trágicos», insiste él, no podemos clasificar una opción alternativa por encima de la otra y, por consiguiente, toda ordenación buena tendrá que ser incompleta. En este punto, sin embargo, existe un cierto matiz de diferencia entre su crítica y la mía. Yo diría más bien que no todas las situaciones «trágicas» entrañan la imposibilidad de ordenar un estado de cosas por encima de otro por entenderlo como mejor que este. Deberíamos distinguir entre la presencia del dilema trágico (aquella elección que nos aboca a obrar mal,

tomemos la opción que tomemos) y la imposibilidad de una ordenación. En ocasiones, es posible también que una opción sea mejor que otra en una situación trágica de ese tipo, aun cuando todas las opciones disponibles impliquen una vulneración. (Para el héroe trágico Eteocles, personaje de la obra de Esquilo *Los siete contra Tebas*, optar por matar a su hermano estuvo horriblemente mal, pero la alternativa, que suponía la destrucción de toda la ciudad, era a todas luces peor.) Sen está probablemente en lo cierto al afirmar que la exigencia de una ordenación completa es un error, pero se equivoca si sostiene al mismo tiempo que todos los dilemas trágicos son casos en los que no resulta posible ninguna ordenación general.

Cuando nos encontramos ante una decisión difícil de esa clase (y asumiendo que se ha establecido correctamente el nivel umbral de cada capacidad), debemos pensar: «Esto está muy mal. A estas personas no se les está dando una vida a la altura de su dignidad humana. ¿Cuál sería el mejor camino que seguir para obrar en pos de un futuro en el que puedan satisfacerse las exigencias de todas las capacidades?». Si la lista ha sido sabiamente elaborada y los umbrales se han fijado en niveles razonables, lo normal es que esa pregunta tenga respuesta. Volviendo sobre el caso de la India, por ejemplo, el dilema al que se enfrentan allí los padres y las madres pobres fue resuelto por el estado de Kerala, que implantó un programa pionero de horarios escolares flexibles y ofreció también una comida nutritiva de mediodía que compensaba con creces los salarios perdidos por los pequeños y las pequeñas. El programa en cuestión ha erradicado casi por completo el analfabetismo en ese estado. Al comprobar que un estado relativamente pobre como ese era capaz de resolver el problema con ingenio y esfuerzo, el Tribunal Supremo de la India ha convertido la comida del mediodía en medida obligatoria para todas las escuelas estatales de la nación.

También en los países ricos abundan esa clase de elecciones trágicas. En Estados Unidos, por ejemplo, una madre soltera pobre podría verse frecuentemente forzada a optar entre una atención de calidad para su hijo o su hija y un nivel de vida digno, ya que algunas de las condiciones legales para la percepción de prestaciones públicas le obligan a aceptar un empleo a tiempo completo aun cuando ella no disponga de ningún servicio de atención infantil de

calidad al que confiar su pequeño o su pequeña. En Estados Unidos, pues, muchas mujeres se ven obligadas a renunciar a oportunidades de empleo para cuidar de sus hijos o de sus familiares mayores; las políticas de bajas familiares o médicas, unidas a una buena provisión pública de servicios de atención a la infancia o a la tercera edad, podrían solucionar esa clase de dilemas. Una elección trágica muy generalizada en Estados Unidos es la que obliga a muchas personas a optar entre su tiempo de ocio y un nivel de vida digno ligado a unas prestaciones sanitarias adecuadas. De todos es sobradamente conocido que los estadounidenses trabajan más horas a la semana que los habitantes de la mayoría de las demás naciones ricas, y se sabe que las relaciones familiares se resienten de ello; pero aún no hemos adquirido la medida completa de esa situación «trágica». La perspectiva de las capacidades nos ayuda a ver mejor cuál es el problema.

Dicho de otro modo, cuando detectamos un conflicto trágico como los anteriormente descritos, no nos resignamos sin más: nos preguntamos cuál es la mejor intervención posible de cara a crear un futuro en el que las personas no tengan que seguir enfrentándose a esa clase de elección. Asimismo, debemos considerar el modo de acercar de inmediato a las personas al umbral de capacidad, aun cuando no podamos conseguir que lo superen aún. Un ejemplo: conseguir el acceso igualitario a la educación primaria para todos y todas, aunque no estemos todavía en disposición de facilitar ese acceso a todo el mundo en el caso de la educación secundaria.

Las capacidades centrales se sustentan mutuamente entre sí en múltiples sentidos. Dos son, sin embargo, las que parecen desempeñar un papel *arquitectónico* diferenciado, pues organizan y tienen una presencia dominante sobre las demás. Son las de la *afiliación* y la *razón práctica*. Dominan sobre las demás en el sentido de que, cuando las otras están presentes de manera acorde con la dignidad humana, esas dos están entretreídas en ellas. Si las personas están bien alimentadas, pero no facultadas para ejercer la razón práctica ni para hacer planes sobre su salud y su nutrición, la situación no es plenamente acorde con la dignidad humana: se las está cuidando como se cuida de los bebés y de los niños de muy corta edad. Una buena política en el ámbito de cada una de las capacida-

535 *

des es aquella que respeta la razón práctica del individuo; esta no es más que otra forma de insistir en la importancia central de la elección dentro de la noción general de la capacidad entendida como libertad. Más obvio resulta lo que se quiere decir cuando se afirma que la capacidad de la razón práctica organiza todas las demás: la oportunidad de planificar la propia vida supone una oportunidad para elegir y ordenar también los funcionamientos correspondientes a las diversas capacidades restantes.

Por lo que respecta a la afiliación, el argumento es similar: se entiende que domina sobre las demás capacidades, pues cuando estas están disponibles de un modo respetuoso con la dignidad humana, la afiliación forma parte de ellas (la persona es respetada como ser social). No sería adecuado, por ejemplo, fomentar la disponibilidad de opciones laborales sin considerar las relaciones en el lugar de trabajo; tampoco lo sería contar con formas de atención sanitaria que desatendieran la necesidad que tienen las personas en general de proteger zonas de intimidad mediante disposiciones referidas a la privacidad personal. La afiliación organiza las capacidades porque la deliberación sobre las políticas públicas es un asunto social en el que todo un conjunto de relaciones de muchos tipos y formas (familiares, de amistad, grupales, políticas) desempeñan una función estructuradora.

Las capacidades de la lista son bastante abstractas: ¿quién las concreta mejor? La respuesta a esa pregunta se encuentra, sobre todo, en el sistema de derecho constitucional de cada nación (o en sus principios legales fundamentales si carece de una constitución escrita). Los países tienen cierto margen para desarrollar esas capacidades de forma diferente en función de sus distintas tradiciones e historias. La comunidad mundial plantea problemas particularmente especiales de especificación porque no existe un gobierno global (responsable ante el conjunto de la población del planeta) que pueda facilitar esa concreción.

Como ya hemos visto, la idea de *umbral* forma parte de la concepción misma de esa lista de capacidades. En mi versión, el enfoque es una teoría parcial de la justicia social: no pretende resolver todos los problemas distributivos, sino que simplemente especifica un mínimo social bastante amplio. Proporcionar esas diez capaci-

dades a todos los ciudadanos y ciudadanas es una condición necesaria de la justicia social. Es muy posible que dicha justicia requiera aún de más condiciones: por ejemplo, el enfoque tal y como ha sido desarrollado hasta el momento no propone compromiso alguno sobre cómo deberían tratarse las desigualdades que estén por debajo de ese mínimo. Muchas aproximaciones a la justicia social sostienen que no basta con un umbral sobradamente suficiente. Algunas exigen una igualdad estricta; John Rawls subrayaba que las desigualdades sólo pueden justificarse cuando sirven para aumentar el nivel de quienes estaban en peor situación. El enfoque de las capacidades no pretende haber dado respuesta a esas preguntas, aunque podría abordarlas en el futuro.

No obstante, lo que sí requiere el umbral es igualdad en algunos casos. La pregunta de hasta qué punto la adecuación de la capacidad exige la igualdad de la capacidad tiene difícil respuesta. Es un interrogante que sólo puede responderse reflexionando detenidamente sobre cada capacidad, preguntándonos a qué nos obliga el respeto a la igualdad de dignidad humana de todas las personas. Yo sostengo, por ejemplo, que el respeto a esa igualdad de dignidad humana requiere igualdades paralelas en los derechos al voto y los derechos a la libertad religiosa, y no simplemente un mínimo amplio en ambos ámbitos. Cualquier sistema que asignara a las mujeres la mitad de los votos que asigna a los hombres sería manifiestamente irrespetuoso, como también lo sería un sistema que diera a los miembros de las religiones minoritarias cierta libertad pero no en el mismo grado que a los de la mayoría. (Por ejemplo, si los cristianos pudieran santificar sus fiestas sin penalización porque así está establecido en el calendario laboral, mientras que los judíos y los adventistas del séptimo día fuesen despedidos de sus empleos por negarse a trabajar en sábado, estaríamos ante un sistema con evidentes problemas de justicia.) Desde mi punto de vista, todos los derechos políticos son de tal naturaleza que su distribución no igualitaria supone un insulto a la dignidad del desigual. Por el mismo motivo, si algunos niños y niñas de un país gozan de oportunidades educativas manifiestamente desiguales a las de otros niños y niñas, por mucho que todos ellos superen un mínimo, la suya es una situación que parece plantear un problema de justicia básica

(como bien argumentó el juez Thurgood Marshall en una famosa sentencia sobre las escuelas públicas de Texas). Es posible, pues, que la adecuación requiera la igualdad o algo muy próximo a esta.

Pero también es muy posible que ese mismo principio no sea aplicable a los derechos relacionados con el ámbito de las condiciones materiales. Puede que baste, por ejemplo, con disponer de una vivienda digna y suficientemente amplia: no está claro que la dignidad humana exija que todo el mundo tenga exactamente el mismo tipo de domicilio. Postular algo así podría redundar en una especie de fetichismo excesivo de las posesiones materiales. Toda esta cuestión debe ser investigada más a fondo todavía.

Fijar el umbral con precisión es competencia de cada nación y, dentro de ciertos límites, es razonable que los países aborden esa tarea de formas y modos distintos, con arreglo a la historia y las tradiciones de cada uno de ellos. Habrá cuestiones e interrogantes que, ineludiblemente, seguirán siendo muy difíciles: en esos casos, el enfoque de las capacidades nos indica qué es lo que debemos considerar relevante o destacado, pero no nos dicta una asignación definitiva de pesos ni una decisión nítida e inconfundible. (El enfoque no fija los contornos de un derecho al aborto, por poner un ejemplo, aunque sí nos dice en qué pensar o reflexionar a la hora de debatir tan divisiva cuestión.) Así pues, incluso en el nivel de la fijación del umbral, el proceso político corriente de una democracia funcional y operativa desempeña un papel tan legítimo como irrenunciable.

Otra cuestión planteada por esta idea del umbral es la del utopismo. Situándonos en un extremo, podríamos especificar un umbral tan elevado que ninguna nación pudiera cubrirlo en las actuales condiciones mundiales. Los conflictos «trágicos» proliferarían por doquier y ni el ingenio ni el esfuerzo lograrían resolverlos. En el extremo opuesto, encontramos la falta de ambición: podríamos fijar un umbral tan bajo que resultara fácil de cumplir, pero que fuera inferior a lo que la dignidad humana más elemental parece requerir. La tarea que tiene ante sí el poder constituyente (o, más frecuentemente, los tribunales que interpretan una constitución abstracta y los legisladores que proponen códigos y leyes) es la de seleccionar un nivel con aspiraciones pero no utópico, que desafíe a la nación para que dé muestras de su ingenio y sepa mejorar.

Muchas son las preguntas que quedan aún en el tintero a propósito de cómo conseguir algo así. Por ejemplo, ¿debería ser el mismo umbral para todas las naciones a pesar de que estas cuentan de partida con recursos económicos muy diferentes? Responder que no podría parecer una falta de respeto hacia muchas personas a quienes, por pura casualidad, les ha tocado nacer en una nación más pobre; responder afirmativamente, sin embargo, obligaría a los países a cumplir con algunas de sus obligaciones (al menos en parte) mediante una redistribución de recursos entre naciones ricas y pobres. Podría ser, además, una medida excesivamente dictatorial, pues negaría a los países el derecho a concretar su propia situación con una cierta independencia, en función de sus historias y sus contextos respectivos.

El enfoque de las capacidades se ha visto enriquecido recientemente con un importante libro, *Disadvantage*, de Jonathan Wolff y Avner De-Shalit. Además de aportar ideas que sustentan la lista de las diez capacidades centrales aquí descritas y de desarrollar argumentos de peso a favor del reconocimiento de la existencia de bienes irreduciblemente heterogéneos, Wolff y De-Shalit introducen algunos conceptos novedosos que mejoran el aparato teórico del enfoque de las capacidades. El primero es el de la *seguridad de la capacidad*. Ellos sostienen de forma bastante convincente que las políticas públicas no deben limitarse a proporcionar una capacidad a las personas, sino que deben facilitársela de tal modo que estas puedan contar con ella de cara al futuro. Consideremos el caso de Vasanti: cuando recibió un préstamo de sus hermanos, pudo contar con un nuevo abanico de capacidades sanitarias y laborales, pero estas no estaban aseguradas, ya que sus hermanos podían reclamarle el dinero o echarla de su casa en cualquier momento. El préstamo de la SEWA sí le proporcionó esa seguridad: mientras ella continuara trabajando de forma regular, podría atender a los pagos e, incluso, acumular algunos ahorros.

Wolff y De-Shalit han trabajado en sus países respectivos (Gran Bretaña e Israel) con colectivos de nuevos inmigrantes y han descubierto que la seguridad acerca del futuro es de vital importancia en cuanto a la posibilidad real que esas personas tienen de usar y disfrutar de todas las capacidades de la lista. (Nótese que la sensación de

seguridad es uno de los aspectos de la capacidad de la «salud emocional». Estos autores se refieren, sin embargo, tanto a las emociones como a las expectativas razonables: la seguridad de la capacidad es un asunto objetivo y no quedaría satisfecha si el Estado se limitara a hacer creer a la gente que está segura cuando en realidad no lo está.) Esta perspectiva relacionada con la seguridad implica que debemos preguntarnos hasta qué punto está protegida cada capacidad de los caprichos y rumbos del mercado o de la fuerza política de los intereses poderosos. Una de las vías a través de las que las naciones suelen promover la seguridad de la capacidad es mediante la implantación de una constitución escrita que no pueda ser enmendada salvo por un laborioso proceso que requiera de mayorías calificadas. Pero las constituciones no se hacen valer por sí mismas y sólo contribuyen a la seguridad cuando existe una adecuada accesibilidad a los tribunales y una confianza justificada en la conducta de los jueces.

Pensar en la seguridad de las capacidades nos lleva a pensar también en el procedimiento y la estructura políticos. ¿Qué forma de organización política es más favorable a la promoción de la seguridad? ¿De cuánto poder deberían disponer los tribunales de justicia y cómo debería articularse su función? ¿Cómo deberían organizarse los legislativos, qué procedimientos de votación deberían adoptar y cómo podría limitarse el poder de perturbación del proceso político del que hacen gala los grupos de interés y los *lobbies*? ¿Qué papel corresponde a los organismos de la administración pública y al conocimiento experto en la promoción de las capacidades de los ciudadanos y las ciudadanas? Volvemos sobre estas cuestiones —insuficientemente exploradas todavía en el enfoque de las capacidades— en el último capítulo.

Wolff y De-Shalit introducen dos conceptos más de gran interés: los de *funcionamiento fértil* y *desventaja corrosiva*. Un funcionamiento fértil es aquel que tiende a favorecer también a otras capacidades relacionadas. (Aquí no distinguen tan claramente como podrían entre funcionamiento y capacidad y me temo que la aliteración ha sustituido a la claridad teórica.) Argumentan de manera convincente que la afiliación es un funcionamiento fértil, pues apoya la formación de capacidades en múltiples ámbitos. (¿Se refieren en realidad al funcionamiento asociado a la afiliación o es, más

bien, la capacidad de formar afiliaciones la que tiene ese buen efecto? Esto no queda suficientemente claro en su análisis.) Hay funcionamientos fértiles de muchos tipos y los funcionamientos (o las capacidades) que son realmente fértiles pueden variar de un contexto a otro. En el relato de Vasantí, por ejemplo, podemos apreciar que el acceso al crédito es una capacidad fértil, pues el préstamo le permitió proteger su propia integridad física (no volviendo con un marido que abusaba de ella), disponer de opciones de empleo, participar en política, tener una sensación de bienestar emocional, formar afiliaciones valiosas y sentir más respeto por sí misma. En otros contextos, también la educación desempeña una función fértil, pues abre opciones de muchas clases. La propiedad de tierras puede ejercer un papel fértil en ocasiones, ya que protege a una mujer frente a la violencia doméstica, le facilita opciones de salida y, en general, mejora su estatus. Las desventajas corrosivas son el reverso negativo de la moneda de las capacidades fértiles: constituyen privaciones que tienen efectos especialmente amplios en otras áreas de la vida. En la historia de Vasantí, el sometimiento a la violencia doméstica era una desventaja corrosiva: esa ausencia de protección de su integridad física ponía en peligro su salud, su bienestar emocional, sus afiliaciones, su raciocinio práctico y, sin duda alguna, otras capacidades.

Investigar posibles capacidades/funcionamientos fértiles y desventajas corrosivas ayuda a detectar puntos donde pueden intervenir más adecuadamente las políticas públicas. Cada capacidad tiene importancia por sí misma y todos los ciudadanos y las ciudadanas deberían ser ayudados por encima de los umbrales de las diez capacidades, sin excepción. Es posible, sin embargo, que algunas de estas reciban justamente cierta prioridad; uno de los motivos para asignarles tal precedencia sería, precisamente, la fertilidad de la capacidad en cuestión o su tendencia a eliminar una desventaja corrosiva determinada. Esta idea nos ayuda a reflexionar en torno a las llamadas elecciones trágicas, pues, a menudo, la mejor manera de preparar un futuro libre de tales «tragedias» consistirá en seleccionar un funcionamiento especialmente fértil y en dedicarle los escasos recursos de que disponemos.